

meros años de la carrera de Jurisprudencia, don Baltasar tuvo cátedra siempre, con aprovechamiento y satisfacción de su auditorio de estudiantes por la claridad con que explicaba, por su indulgencia con los desaplicados y por su bondadosa paciencia con los rudos.

Don Baltasar Lirola fué también poeta, aunque no escribió muchos versos. Una de sus mejores composiciones es la que se titula *Sierra Nevada*, inserta en esta obra. En Granada la celebraron mucho, á mi ver no sin fundamento. Uno de los canónigos de la Abadía, me escribió elogiando esta última composición de Don Baltasar, en la que presagia su muerte, que fué la corona de siemprevivas que sin saberlo labró él para adornar su tumba.

Durante un año, de 1841 á 1842, si no recuerdo mal, estuve yo de colegial en el Sacro-Monte, del que siempre conservé recuerdo gratisimo, y muy singularmente de las lecciones de Don Baltasar Lirola que fué mi maestro y de los buenos libros que allí leía y que él me prestaba.

Don Antonio María Segovia

se distinguió en los primeros años del reinado de Isabel II, compitiendo con Larra, Mesonero Romanos, D. Serafin Estébanez Calderón y don Santo López Pelegrín, escritores todos que solían publicar artículos satíricos y ligeros cuadros de costumbres en los periódicos, bajo el velo

de un pseudónimo tan transparente y claro, que más que por disfraz, le llevaban por gala y chiste. Así como los mencionados escritores se apellidaban *Figaro*, *El curioso parlante*, *El Solitario* y *Abenamar*, Segovia se apellidó *El Estudiante*.

Sus obrillas, ya en prosa, ya en verso, merecen ser alabadas y pueden leerse y se leen todavía con mucho agrado por el ingenio y la gracia, por el lenguaje castizo y correcto y por el estilo desenfadado y elegante con que están escritas. No llega Segovia, en su españolismo purista, al extremo de Estébanez Calderón, extremo primoroso y admirable, pero que tiene algo de afectado. Su estilo es, con todo, más puro y castizo que el de *Figaro* y que el de *El curioso parlante*, y si bien con menos fertilidad y fácil inventiva que *El curioso parlante* y con menos brío que *Figaro* en el sentir y en el pensar, á veces vence y supera á ambos en pulcritud y nitidez graciosa, muy propia de nuestra tierra, por donde recordamos á nuestros autores festivos del siglo XVII, sin el mal gusto, el culteranismo y los retruécanos de entonces.

Halló Segovia más tarde un modo muy discreto y ameno de entretener al lector y de provocar su risa con cierta persistencia cómica y pesadez aparente, pesadez que en realidad no lo era, porque daba ocasión á mil divertidas digresiones, cuya incoherencia regocija y sorprende. Al leer estas producciones de Segovia recuerdo yo aquellos tres duros ó escudos romanos que Casti había tomado prestados y que

cuando su acreedor se los pedía, en vez de pagárselos, le componía un soneto, llegando á componer con dicho fin cerca de cuatrocientos.

Otra gracia que también poseía Segovia era la de remedar y poner en caricatura diferentes estilos. Perfecto dechado en este género es un capítulo del *Quijote*, traducido fielmente al lenguaje periodístico de ahora. Y no logra menos chistosa fidelidad un extenso artículo, redactado por un sabio alemán que ha estudiado por principios la lengua castellana y que sale á la defensa del libro de *Impresiones* de viaje por Alemania, producción de un señor titulado, de la que *El Contemporáneo* había hecho crítica harto poco piadosa. Segovia, con sutiles razonamientos y enmarañadas filosofías, llega casi á probar que las tales *Impresiones* fueron atinadísimas y luminosas.

Segovia, por último, parodiaba deliciosamente el truculento y sibilítico lenguaje de los Krausistas.

Se me dirá tal vez que es lástima que Segovia emplease su talento en obras de burlas de tan corta extensión y de tan poca importancia; pero á eso contestaré que Luciano no compuso más extensos escritos y que, prescindiendo de los antiguos clásicos, autores hay en los tiempos modernos que se han hecho famosos de la misma suerte. Valga para ejemplo Pablo Luis Courier en Francia.

Yo, por otra parte, me complazco en celebrar

á Segovia, aunque pudiera ser recusado como juez parcial, porque Segovia fué muy mi amigo, me animó á escribir y yo le considero como maestro. En *El Cócora* fui su constante colaborador; excitado por él empecé á componer y compuse una zarzuela que nunca se ha representado; y por él también escribí mi primer cuento, *El pájaro verde*, mucho antes de que yo escribiese otros cuentos y las varias novelas que he escrito, y cuando no se escribían aún tantos cuentos y novelas como ahora se escriben.

Sin duda tiene la mencionada contra quien pretende apreciar el mérito de aquellas personas en cuya compañía ha vivido, y á las cuales, aun cuando no deba protección, debe leales consejos y buenas palabras que dan esperanza y aliento.

De la vida de Segovia diré aquí muy poco. Nació en Madrid el 29 de Junio de 1808.

Su padre era magistrado. Con él pasó Segovia su infancia en Andalucía. Con la protección del duque del Infantado, entró Segovia en la carrera militar como cadete de guardias de Infantería española. Después de los sucesos del 7 de Julio de 1822, disuelto el cuerpo de guardias, Segovia dejó la carrera militar y desempeñó algunos modestos empleos en varias capitales de provincia.

Después de la muerte de Fernando VII, empezó á escribir para el público en diversos periódicos, según hemos dicho ya. Sus opiniones conservadoras le movieron á emigrar á París

cuando el pronunciamiento de 1840 dió la Regencia á Espartero, y en Paris se proporcionó ó procuró proporcionarse recursos con la literatura, como algunos otros emigrados, y muy singularmente su amigo D. Eugenio de Ochoa, de cuyos *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, tomamos las anteriores noticias.

Triunfante de nuevo el partido conservador y vuelto á España Segovia, la fortuna le fué más propicia. Sirvió á su país en la carrera consular y su buen nombre como literato le abrió las puertas de la Real Academia Española, en la que entró el 27 de Febrero de 1845. En 1873 sucedió á D. Manuel Bretón de los Herberos como secretario perpetuo de la mencionada Academia.

Murió Segovia el día 14 de Enero de 1874.

Hombre de afable trato y de conversación amenísima, Segovia fué muy bien recibido y estimado en la alta sociedad madrileña.

Con Bretón de los Herreros y con Ventura de la Vega, con el Marqués de Molins, y más tarde con D. Antonio Cánovas del Castillo, Segovia fué uno de los que asistían los sábados á los banquetes con que D. José Joaquín de Osma obsequiaba á los literatos, los cuales, de buen humor, con el bienestar que sentían de sobremesa y con un poquito de amor propio tal vez, imaginaron alguna vez que renovaban, en la edad presente, aquel banquete famoso que Platon describe y donde Aristófanes, Alcibiades y

Sócrates, dijeron sobre el amor cosas tan sublimes y delicadas.

Don Fermín de la Puente y Apecechea nació en la ciudad de Méjico en el día 9 de Noviembre de 1812, cuando Nueva España era aún nuestra colonia. El padre de D. Fermín fué Oidor de aquella real Cancillería, y fué su madre una señora mejicana, natural de Zacatecas.

D. Fermín vino á España muy niño y á poco quedó huérfano. Un rico tío suyo, por parte de madre, cuidó de su educación, la cual fué tan esmerada como cristiana.

D. Fermín estudió muy bien humanidades, llegó á poseer magistralmente la lengua latina y compartió su admiración y su amor á la literatura entre la *Biblia* y otros escritos devotos ó religiosos y los autores clásicos de la antigua Roma.

Debe ser contado entre los poetas de la escuela sevillana, como discípulo de D. Alberto Lista. Él también se consideraba discípulo de D. José Musso y Valiente, cuya vida escribió con el entusiasmo y amistoso afecto que tan honrado, virtuoso y entendido maestro merecía.

Sobre los estudios y sobre las obras de don Fermín y su mérito literario, han escrito con elogio D. Antonio Sánchez Mogel, D. Marce-

lino Menéndez y Pelayo y el Padre Blanco García.

De sus versos damos muestra en la linda composición titulada *La corona de Flora*.

D. Fermín entró como individuo de número en la Real Academia Española, ocupando el sillón vacante por la muerte de Lista en 1848 y desocupado después durante algún tiempo porque D. José Zorrilla no llegó á tomar asiento en él, aunque fué elegido entonces por vez primera.

D. Fermín, académico ya, y movido por el amor de la tierra en que nació, patria de su madre, así como por su fervoroso españolismo contribuyó poderosamente á estrechar y á fomentar las fraternales relaciones literarias entre las Repúblicas hispano-americanas y su antigua metrópoli. A él se debe en gran parte la creación de Academias correspondientes de la Española en Méjico, en Guatemala, en el Perú, en Colombia, en Chile, en Venezuela y en otros puntos.

D. Fermín de la Puente y Apecechea murió en Omoño el día 20 de Agosto de 1875.

Ha sido muy encomiada su traducción en octavas reales de los libros I y IV de la *Eneida*.

Tres años después de su muerte, en 1876, publicó su familia, elegantemente impresa, con un prólogo de D. Salvador López Guijarro, y con el título de *Los libros sapienciales*, una traducción parafrástica en verso del *Eclesiastes*, de *Los Proverbios* y de otros escritos atribuidos á

Salomón, así como también la traducción de algunos Salmos. Por apéndice ó complemento se insertan en el mismo volumen algunas poesías originales del Sr. Apecechea.

Don Enrique Gil y Carrasco

fué «poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable, siquier alguna vez adolezca de difuso ó de incorrecto; novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott; crítico de juicio penetrante, amplio y seguro, y pintor tan galano como discreto y exacto de impresiones de viajes, monumentos, tipos provinciales y escenas de costumbres».

Este atinado juicio de D. Gumersindo Laverde Ruiz, tomado del prólogo de las poesías de D. Enrique Gil, le retrata y le aprecia mejor que cuanto yo pueda decir en su elogio.

Prueba de la exactitud de dicho juicio dan las poesías mismas entre las que sobresale *Una gota de rocío*, no pocos artículos en prosa, de costumbres, de viajes y de crítica literaria y la interesante novela titulada *El señor de Bembibre*.

La obscuridad en que pasó su primera juventud el poeta, su humilde y resignada melancolía á par que el íntimo y claro convencimiento que tiene su alma del valer propio, todo se manifiesta candorosamente en la composición *La*

violeta, por la que logró su autor y logrará siempre, mientras haya buen gusto y mientras sea la poesía comprendida y gustada, que no quede

Con frívolos cantares confundido
El himno de su amante corazón.

De su paso por el mundo poco tenemos que decir aquí.

Nació en Villanueva del Vierzo el día 15 de Julio de 1815. Murió en Berlín el día 22 de Febrero de 1846, cuando no había cumplido treinta y un años.

No restablecidas aún las relaciones entre España y Prusia, no teníamos en la capital de aquel reino representación diplomática y don Enrique Gil fué allí con una comisión de nuestro Gobierno que, sin duda para favorecerle, le confió D. Luis González Bravo siendo ministro. Este y otros notables literatos y personajes políticos, como Ros de Olano, Pastor Díaz y Santos Alvarez fueron grandes amigos suyos, lamentaron su muerte y honraron su memoria.

Espronceda, que fué también su amigo y su protector y que murió antes que él, recibió el tributo del cariño, de la admiración y de la gratitud de Enrique Gil en unos versos muy sentidos.

Don Fernando de la Vera é Isla entra en mi FLORILEGIO por derecho pro-

pio y con título más que suficiente. Dar prueba de ello los elegantes y sentidos versos, reunidos y publicados en un volumen, (Madrid, 1883) del cual volumen tomamos é insertamos dos hermosas é inspiradas composiciones: *En la tumba de don Enrique Gil y La Fuente*.

La rara modestia y el bondadoso candor de don Fernando de la Vera, impidieron que él buscase nombradía. Nadie, pues, debe extrañar que no la encontrase. A él mismo pudiera aplicarse con no menor fundamento, lo que él dice de Enrique Gil:

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia
Ni la ambición lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

Fué Vera leal amigo de Enrique Gil, de Zorrilla y de Espronceda. Zorrilla autoriza el tomo de sus poesías con una extensa carta-prólogo de mucho más de trescientos endecasílabos, llenos por desgracia de lastimosa garrulería. Más y mejor fué lo que Vera dió á sus amigos que lo que recibió de ellos. Harto bien lo demuestran, así como los versos á Enrique Gil, los que escribió en la muerte del cantor de *El Diablo Mundo*. Nadie con mayor fidelidad y acierto ni con mayor efusión de melancólica ternura lloró nunca al malogrado poeta y acertó á hacer su apolo-

gía. Nadie procuró nunca disculpar más bondadosamente sus extravíos, y que, aun en medio de ellos resplandeciese limpia la nobleza del alma.

De su amistad el celo fervoroso
Fué igual en el dolor y en la alegría;
Enemigo leal y generoso
Ni aun pudo imaginar la hipocresía;
Cuando su rostro audaz y desdenoso
Ostentaba el desprecio y la ironía,
Bastaba una mirada de cariño
Para darle el candor de incauto niño.
Tal fué el claro poeta: si en su frente
Más de una vez las nubes amontona
La tempestad del alma, y tristemente
Obscurece el fulgor de su corona,
¿Quién en el canto al par tierno y valiente
De tan insigne vate no perdona
Los ecos que á su lira en nota dura
Pudo arrancar la escéptica amargura?

La franca sinceridad de Vera presta á casi todos sus versos, un valer y un encanto que en los del poeta de afición aparecen con mucha más frecuencia que en los del poeta de oficio.

Harto se nota que Vera compuso sus versos casi involuntariamente, sin pensar en la honra y en el provecho que pudieran conquistarle, sino movido por el estro solo y para desahogo de su alma religiosa y enamorada. De aquí que sea poco lo que escribió y que esto poco sea conciso, sin contener más de lo que debe contener; sin que nada huelgue ó esté de sobra. Las coplas de pie quebrado *La Fuente* son la más bella manifestación, no sólo de su estilo, sino también de sus creencias y de sus nobles y puros afectos.

Aunque no hay asunto más trillado por los poetas que el de describir una fuente, tomarla por símbolo de la vida humana y deducir una lección moral de todo ello, la íntima y natural sinceridad con que Vera se expresa sin rebuscar frases raras y sin alambicar conceptos, da encantadora novedad á esta poesía. Sin duda que no es nuevo ni es inaudito lo que en ella dice su autor. Cualquier niño de la doctrina sabe todo aquello por que en su catecismo lo ha aprendido; pero la gracia del poeta no está en descubrir ó revelar lo que no se sabe, sino en expresarse con tal intensidad y fervor en las palabras que penetre en el corazón de quien le lea ó le oiga y encienda allí fuego igual al que en él arde y luz tan clara y brillante como la que á él ilumina. La conformidad con los designios inexcrutables del cielo, la no fingida y honda fe en la benéfica sabiduría de esos designios, la resignación sin la menor queja á los golpes de la adversa fortuna, la justificación de la Providencia, y hasta la misma ultramundana esperanza que pone la beatitud en el reconocimiento del bien mismo que se ha realizado, aun sin más premio, ni goce, ni deleite que el reconocimiento de este bien, todo está enérgica y dulcemente dicho y sentido en las últimas estrofas ó coplas de *La Fuente*, y todo tiene allí la poderosa y mágica virtud de penetrar en las almas, capaces de comunicarse por entendimiento ó por amor con la del poeta.

Su fervorosa religiosidad logró inspirarle también varias interpretaciones ó felices paráfrasis

de algunos salmos, así como su gentileza y su inocente galantería, le movieron á cantar y á celebrar con harto más profano aunque siempre delicado acento, la gracia y la belleza de algunas elegantes damas.

Completa por último el modesto pero acrisolado tesoro de poesía que Vera nos ha legado una serie de más de treinta bien trazados sonetos en el primor y artificio de cada uno de los cuales aparece siempre una idea ingeniosa ó un elevado sentimiento. Valgan para prueba los tercetos del que fué escrito en elogio de Selgas.

Quando á la tierra por su bien te asomas,
El vuelo de las águilas dominas,
El arrullo te envidian las palomas,
Y las flores te dan suaves y finas
En el idilio dulce sus aromas,
En la sátira amarga sus espinas.

Aunque yo soy y fuí siempre admirador de Horacio, sumiso partidario de su doctrina y firme creyente en la verdad de casi todas sus sentencias, hay una cuya verdad no me limito á desconocer, sino que no logro explicarme racionalmente su significado.

¿Qué significa el afirmar que á los poetas medianos ni los postes los aguantan? Demos por cierto que sea ó deba ser inaguantable la medianía de los versos, como tal vez lo es para todo sujeto muy descontentadizo y refinado en sus gustos, la medianía de cualquier obra ú objeto que no es indispensable. Lo lujoso y esplendente ó no ha de ser ó ha de ser bueno. Fuerza es

tener en casa mesas y sillas aunque sean malas, pero más vale dejar desnudas y limpias las paredes que afeárselas con malas pinturas. Hasta aquí, aunque sea extremada la displicencia, comprendemos que se afirme que son inaguantables los poetas medianos. Lo que no se comprende ni se ve es el límite ó la raya que separa al poeta mediano del excelente y hasta del grande. ¿Los mismos grandes poetas no son ó no pueden ser á veces medianos ó menos que medianos cuando dormitan como Horacio declara que dormitaba el propio Homero? Homero, pues, sería entonces inaguantable. Y por el contrario ¿no hay ó no puede haber poetas, cuyo ordinario valer no pase más allá de una estimable medianía, y que en un momento dichoso de inspiración eleven el vuelo hasta las mayores alturas, hasta donde pudo elevarse el de Horacio ó el de Píndaro su envidiado modelo?

En suma, para determinar si un poeta es mediano ó grande, no tenemos, ó al menos no tengo yo, medida que valga. Si la comparación es medida, comparado con Píndaro, Horacio sería mediano é inaguantable por consiguiente.

Espero que se me perdona esta corta digresión en que trato de responder á una censura que se hace ya de mi FLORILEGIO, censura injusta, porque yo no tengo, ni nadie me ha dado una marca para apreciar la altura de los poetas que han de entrar en él, rechazar á los que no lleguen y aceptar solo á los que lleguen á la marca ó suban por cima de ella.

Yo no me he comprometido tampoco á incluir en mi FLORILEGIO á cuantos fuesen los poetas españoles del siglo XIX que llegaran á la marca, dado que la hubiese y supiese yo manejarla. No pocos quedan excluidos de mi FLORILEGIO, sin que sea por desdén; y tal vez hay alguno de los incluidos que están por bajo de otros que son excelentes y que en el FLORILEGIO no figuran. Citaré á algunos según acudan á mi memoria. Así Cienfuegos, Rubí, Villergas, Príncipe, Gil y Zárate, los Asquerinos, y multitud de dramaturgos y de hombres políticos que han empezado por tocar la lira ó que han seguido tocándola en sus horas de ocio. Supongo que en todas partes acontecerá lo que en España acontece: que apenas hay persona discreta, de cierta cultura intelectual y dotada de algún ingenio que no haya escrito versos en sus verdes mocedades: ¿Cómo pues, incluirlos á todos? Contentémonos pues con incluir composiciones de aquellos que nos parezcan buenos y que nos sean simpáticos: composiciones que tengan algo de original y de característico y que no puedan ser tildadas de disparatadas ó insignificantes. Y si yo alguna vez pecho ó se me prueba ó se me acusa de que pecho contra esta regla que me impongo, el público, y no yo, tiene la culpa, que concedió en algún tiempo ó que todavía concede aplauso y admiración á quien poco lo merece. Yo no soy ni quiero ser iconoclasta. No vengo á derribar ídolos. Acepto los que hay. Y si mi modestísimo FLORILEGIO aspirase á ser algo pareci-

do á un templo de la inmortalidad, yo no me atrevería á arrojar de él á quien en él ha entrado con esquila de convite concedida por el vulgo. Yo respeto esta concesión y reconozco hasta cierto punto el mérito que presupone en quien la alcanza. Aunque supongamos al vulgo ciego por la ignorancia y extraviado por modas absurdas, todavía prueba envidiable y raro talento, quien acierta á ponerle en comunicación magnética con su espíritu y á divertirle ó á conmoverle, aun cuando sea por un corto período.

Por lo expuesto van en mi FLORILEGIO composiciones que yo tal vez estimo en poco. Pero en cambio incluyo otras composiciones aunque el gran público las desconozca ó apenas las estime, porque yo las aprecio y las taso en muy alto precio y no dudo de que esta estimación que yo les doy, acabará por prevalecer en la posteridad, mientras que bastante de lo muy celebrado en el día se apreciará en lo futuro mucho menos, ya que no se olvide.

Á la primera clase de poesías, cuya estimación ha de ser persistente y creciente, pertenecen las de D. Fernando de la Vera é Isla y por eso las incluyo en el FLORILEGIO.

Nació este poeta, de quien no he podido adquirir sino muy escasas noticias biográficas, en la segunda década del siglo XIX, creo que en la ciudad de Mérida. Fué su padre coronel de Ingenieros é individuo de muy noble é ilustre familia.

En 1843 entró D. Fernando en la carrera di-

plomática y la siguió prestando muy buenos servicios. Estuvo de agregado en París, de oficial en el Ministerio, de primer secretario en Berlín y en Lisboa, de encargado de negocios en Caracas y en Atenas y de comisario regio en Jerusalem. Siendo en 1870 director del archivo del Ministerio de Estado dejó la carrera y se jubiló, porque no quiso jurar la constitución á causa de sus sentimientos dinásticos y de sus ideas conservadoras.

Hacia el año de 1850 tuve yo la satisfacción, hallándome de agregado diplomático en Lisboa, de servir bajo las inmediatas órdenes de D. Fernando que era allí entonces encargado de negocios interino. Más que jefe fué para mí amigo constante y afectuoso compañero. Su discreción, su bondad y la franca á par que noble sencillez de su trato eran ensalzadas por cuantas personas le conocían haciéndole respetado y bien quisto.

D. Fernando de la Vera é Isla murió en Madrid el día 31 de Julio de 1891.

Don Antonio García Gutiérrez, por la muestra que damos de su ingenio insertando en esta obra dos lindas composiciones suyas, puede y debe ser estimado como dulce y melodioso cantor de amores, y puede y debe ser contado entre los buenos poetas líricos que durante el siglo XIX hubo en España. Su va-

ler, con todo, es muchísimo más alto como dramaturgo. En la lírica compiten con él y le vencen no pocos poetas sus contemporáneos. Como autor de dramas se adelanta y vence á cuantos florecieron en su época, si nos olvidamos de que D. Angel de Saavedra escribió el *Don Alvaro* y prescindimos de él.

Claro testimonio y título irrecusable de esta primacía de García Gutiérrez da su rico teatro que atesora cerca de sesenta composiciones originales.

Las más aplaudidas y las más merecedoras de aplauso son: *El Trovador*, *El Paje*, *El Rey monje*, *El encubierto de Valencia*, *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *Un duelo á muerte*, *Venganza catalana*; las zarzuelas *El grumete* y *La espada de Bernardo*; y las comedias *La bondad sin experiencia*, *La criolla* y *Crisálida y mariposa*.

Nos apartaríamos demasiado de nuestro plan y tendríamos que extendernos mucho, si nos empeñásemos en examinar y juzgar aquí la importancia y el mérito del teatro de García Gutiérrez. Contentémonos, pues, con aceptar la atinada crítica de D. Cayetano Rossell y del Padre Agustino Francisco Blanco García, cuyos estudios sobre dicho teatro recomendamos á nuestros lectores.

El Padre Blanco García, con imparcialidad que le honra y con espíritu exento de prejuicios y capaz y pronto para contemplar y percibir toda belleza, no sólo encomia á *Simón Bocanegra* y á *Juan Lorenzo*, donde sus opiniones y doctri-

nas hallan satisfacción y concordancia, sino que también admira aquellos dramas más inspirados por las atrevidas y vehementes pasiones que se complacia en pintar el romanticismo. Así es que si bien condena en *El Trovador*, como no puede menos de condenar, la apasionada violencia del amor terrenal que atropella todo decoro y rompe todo freno, todavía aplaude con entusiasmo al poeta por «inimitable intérprete de luchas internas y vigorosos afectos» y por la «intuición maravillosa propia de todos los grandes artistas con que sabía penetrar hondo en los dominios del alma».

De la vida de García Gutiérrez diré en sucinto resumen que nació en Chiclana el día 5 de Julio de 1813. Fugitivo de la casa paterna, y falto de recursos, sentó plaza de soldado cuando decretó Mendizábal la quinta de cien mil hombres, prometiendo hacer subtenientes á los seis meses á los que se alistasen voluntarios y tuviesen aprobados dos años de estudios mayores.

Soldado era, pues, García Gutiérrez, cuando se estrenó *El Trovador* en el teatro de la Cruz, y obtuvo el más estrepitoso triunfo. Se dice que García Gutiérrez fué el primer dramaturgo que salió á la escena española, llamado por el público, para recibir sus aplausos. Además de éstos y de la consiguiente nombradía de que gozó desde entonces, logró el poeta la licencia absoluta, abandonando las armas para seguir la carrera de las letras á la que desde su niñez por decidida afición se inclinaba.

Esta carrera procura muy cortos provechos en España, y entonces procuraba menos, aun en el mismo teatro que es el más lucrativo de todos los géneros literarios.

García Gutiérrez, por consiguiente, tuvo que aceptar y desempeñar varios empleos públicos, harto contrarios, casi siempre, á su modo de ser, estudios y aficiones. Fué de nuestra Comisión de Hacienda en Inglaterra, Cónsul en Bayona y en Génova y Director del Museo Arqueológico. Pasó en América cinco años, principalmente en Méjico, donde se inspiró para escribir, y escribió, gran parte de un poema sobre Hernán Cortés y la Conquista de Nueva España.

Entró en la Real Academia Española el 11 de Mayo de 1862, en el sillón vacante por muerte de D. Antonio Gil y Zárate.

D. Antonio García Gutiérrez murió en Madrid, el día 26 de Agosto de 1884.

Don Gregorio Romero Larrañaga es uno de los muchos poetas de segundo ó tercer orden, que adquirieron alguna celebridad y recibieron aplausos durante el fervor del romanticismo, hacia la mitad del siglo pasado.

Poco sé y poco diré de su vida. En la ya mencionada época habitaba en Madrid. Escribía y publicaba leyendas en verso y poesías líricas en

revistas y periódicos y abastecía también los teatros con dramas traducidos ó arreglados y originales suyos. Entre estos últimos pueden citarse: *Doña Gimena de Ordóñez*, *Garcilaso de la Vega* y *Misterios de honra y venganza*. En colaboración con D. Eusebio Asquerino compuso los dramas titulados *Juan Bravo* y *Felipe el Hermoso*.

A toda esta labor dramática da cortísimo aprecio el Padre Blanco García, pero yo no me atrevo á decidir si con estricta justicia ó involuntariamente excitado por radical divergencia de sentimientos y de ideas. Romero Larrañaga era, valiéndonos de la fraseología usada hoy, en extremo liberal y progresista, abominando de la Inquisición, con lo cual, si se prescinde de la época, harto menos humana que la presente, en que la Inquisición desplegaba su actividad más terrible, va ó puede ir implícita grave censura contra la civilización católica de España, cuando lograba su mayor encumbramiento y predominio.

Como quiera que ello sea, y poniéndonos del lado de Romero Larrañaga, en ser liberales y en abominar del Santo Oficio, no puede negarse que sus dramas, así como sus leyendas, pasaron ya de moda, no se leen ni se representan y apenas se recuerdan. Sus narraciones en verso que obtuvieron más favor con el público de su tiempo, fueron *El sayón* y *Amar con poca fortuna*. La que en cierto modo ha conservado hasta hoy la no escasa celebridad que entonces obtuvo y la que todavía se conserva en la memoria de algu-

nas personas y se recita y se oye con agrado es la oriental que se titula *El de la cruz colorada*, por más que nadie desconozca que está muy por bajo de la oriental de Zorrilla, algo semejante por el asunto, aunque trocando los papeles, en que un generoso moro deja en libertad, no á un caballero cristiano, sino á una linda dama de León que llevaba cautiva.

Don José Amador de los Ríos

nació en Baena (provincia de Córdoba) el día 1.º de Mayo de 1818. Murió en Sevilla el 17 de Marzo de 1878. Su vida, consagrada constantemente al estudio, no puede contarse cumplidamente sin referir, analizar y encomiar las importantes producciones literarias que dicho estudio dió por fruto.

Aquí nos limitaremos á decir que viviendo en Sevilla todavía y en su primera mocedad, Don José Amador de los Ríos se dedicó á la poesía y compuso versos que en 1839 publicó en un volumen con los de su amigo D. Juan José Bueno. Dos años más tarde y en compañía de Don José Lorenzo de Figueroa, tradujo el Sr. Amador, completó y rectificó una historia de la literatura española sacada de la que escribió el fecundísimo escritor ginebrino Simondi sobre las literaturas del Mediodía de Europa.

La decidida afición y los no vulgares conocimientos del Sr. Amador en arqueología y Bellas

Artes se mostraron sucesivamente en diversas producciones suyas: en *Sevilla pintoresca*, en *Toledo pintoresca*, en algunos artículos de la lujosa y magnífica obra titulada *Monumentos arquitectónicos de España* y en una extensa y muy erudita disertación sobre el arte latino bizantino, con ocasión del descubrimiento de las coronas votivas de Guarrazar, de las cruces y otras anti-guallas de la época visigótica.

El talento y el saber del Sr. Amador le dieron pronto crédito y fama, y en Madrid ya, le abrieron las puertas de las reales Academias de la Historia y de Bellas Artes.

Nombrado catedrático de la Universidad Central, para enseñar, como enseñó la Historia crítica de nuestra literatura, escribió ó más bien empezó á escribir una obra fundamental y vastísima sobre el asunto de su cátedra. De siete gruesos volúmenes consta lo que compuso y publicó de dicha obra y no pasa del reinado de los Reyes Católicos. El extremo deseo de decir cosas inauditas y recónditas, deseo muy conveniente sin duda para que los autores investiguen con diligencia y aprendan con detención y esmero lo que han de exponer más tarde, suele tener la contra de hacer difusos los libros, perdiéndose quien los escribe en un dedalo de pormenores y no logrando abarcar el conjunto, ó presentándole al lector con tan enormes proporciones que no le dejen ver ni gozar la unidad armónica que debe haber en toda producción artística como lo es una Historia.

El Sr. Amador, dista, sin embargo, muchísimo de haber ido tan lejos como los Padres Mohedanos en la profundidad y detenimiento de su investigación. Dichos Padres escribieron y publicaron (en el siglo XVIII) doce ó trece volúmenes de Historia literaria de España y se quedaron en la época de Lucano.

Como quiera que ello sea, nadie puede negar y todos aplaudimos el saber, la elevada crítica y el talento de escritor conque el Sr. Amador de los Rios acertó á exponer con claridad y con orden lo más obscuro y desconocido hasta él del desarrollo intelectual de nuestra patria, abriendo así y allanando el camino por donde se adelantan hoy con paso firme y seguro é iluminándolo todo escritores más dichosos, ya que sin ser menos doctos pueden ser más amenos y no tan prolijos.

Debemos también á la asidua é infatigable laboriosidad del Sr. Amador el libro titulado *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España* ampliado más tarde, al menos en la parte social y política, por una Historia en tres gruesos volúmenes de los judíos españoles.

Imposible sería sin extenderse demasiado y sin ir inoportunamente más allá de los límites que debe tener esta nota biográfica, estimar aquí el mérito de estos trabajos del Sr. Amador sobre los judíos de España, comparando dichos trabajos con los que han hecho sobre la misma materia escritores alemanes y franceses de estos

últimos tiempos. Sólo me atreveré á indicar que si bien el Sr. Amador trata con menos claridad y con más somero conocimiento que algunos modernos escritores extranjeros, israelitas no pocos de ellos, de la floreciente poesía religiosa y de las altas especulaciones filosóficas de los judíos españoles, todavía se adelanta á dichos escritores extranjeros en explicarnos el estado social de los judíos en nuestro país, la importancia política que tuvieron y sus relaciones con la nación en cuyo seno vivían y con los gobiernos musulimes y cristianos que simultánea ó sucesivamente dirigieron sus destinos.

En colaboración con D. Juan de la Rada y Delgado y D. Cayetano Rosell, escribió también el Sr. Amador una *Historia de la Villa y Corte de Madrid*.

Ilustró por último con estudios críticos y notas interesantes las obras completas del Marqués de Santillana y dirigió la lujosa edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, escrita por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, y publicada en cuatro volúmenes en folio, desde 1851 á 1855, por la Real Academia de la Historia. Esta edición completa de la *Historia de las Indias* escrita por Oviedo está enriquecida por el Sr. Amador con la vida de aquel primer cronista de las cosas de América, con el examen crítico de todas sus obras y con un muy curioso glosario de las voces americanas que en la mencionada historia se emplean. Implica además la empresa realizada por el Sr. Amador laudables

esfuerzos de investigación y muy cuidadoso esmero para compulsar las ediciones antiguas, buscar y estudiar los códices de lo inédito y ordenarlo, depurar el texto y concertarlo todo.

No bastando tantos y tan varios trabajos literarios é históricos á consumir la actividad mental del Sr. Amador, éste se dedicó también á la política, fué una ó dos veces diputado y trató de adquirir reputación en la oratoria del Parlamento; pero por un capricho de la suerte ó más bien de la moda, su primer discurso en el Congreso de Diputados gustó muy poco y esto le desengañó y le retrajo de la política. El Sr. Amador hubo de compararse cuando habló por vez primera al *náuta* que se engolfa en mares desconocidos. Y este picaro vocablo *náuta*, tal vez sobrado académico, chocó y estimuló un poco el buen humor de los Diputados. No comprendo yo qué razón hubo de haber para ello.

Cada día, por temporadas, suelen aparecer ó brotar entre los políticos vocablos no menos exquisitos que el de nauta y á nadie chocan y todos gustan de ellos y los repiten hasta la saciedad. Apenas hay persona que, al tratar ahora de negocios de Estado no busque la *orientación* asegurando que la halla, y no aspire á ser ó no se precie ya de ser *primate*, en cuya comparación lo de nauta no debiera causar la menor extrañeza. El nauta la causó con todo, y esto le movió á dejar el proceloso mar de la política, volviendo al seguro puerto de sus eruditas investigaciones y tareas literarias donde tanta

gloria había adquirido para él y para su patria.

Lo que no abandonó nunca el Sr. Amador de los Ríos fué el culto de las Musas al que desde su temprana juventud, según ya hemos dicho, con fervorosa devoción se había consagrado.

Clara manifestación de su persistencia en este culto y de que las Musas se complacieron en él y le fueron propicias, da sin duda el tomo de poesías que el Sr. Amador publicó en Madrid en el año de 1880. De él hemos tomado para muestra é insertado en nuestro Florilegio dos lindas y discretas composiciones.

Los lazos de buena amistad y de paisanaje que con el Sr. Amador me unieron y no la autoridad, ni el crédito, ni la reputación literaria, que yo tuviese, me valieron la honra de escribir el prólogo del mencionado tomo de poesías.

Nada mejor acertaría yo hoy á decir en elogio y para recomendación del poeta que lo que dije entonces; pero como dicho prólogo es muy extenso y no puedo transcribirle aquí, me limito á transcribir uno de sus párrafos que retrata en parte la índole poética del Sr. Amador y la importancia de sus versos.

«En todos ellos hay que aplaudir la flexibilidad con que el autor se distrae de sus grandes estudios, y hasta si no fuese por el primor de la forma que delata al estudioso, se diría que los olvidaba, para entregarse con amor y con la serenidad despreocupada del poeta de ley á la inspiración propia. Apenas se advierte en sus poe-

sías la imitación de otros autores tan frecuente en los poetas poco eruditos. Esto, sin embargo, es natural que sea así. El que ha leído poco se apasiona de lo poco que ha leído y hasta sin querer lo remeda, lo copia, ó si se quiere, lo iguala ó lo vence imitándolo; pero el que ha leído mucho como le sucedía á Amador, tiene el gusto, digámoslo así, más derramado y más descontentadizo, y acaba, cuando se pone á escribir algo, merced á la misma vacilación en elegir modelos, por desecharlos todos y por buscar en el fondo de su alma lo que antes no se ha dicho. Hasta el conocimiento cumplido de lo que ya se ha dicho y repetido mil veces, hace que el erudito huya de repetirlo, mientras que el no erudito, si alguna vez lo oyó y de ello conserva un vago recuerdo, se olvida de haberlo oído, cree haberlo inventado y á menudo nos da por nuevas y por inauditas cosas ya vulgares y cansadas de puro repetidas.»

Don Antonio Trueba nació en Montellano (Vizcaya), el día 24 de Diciembre 1819. Hijo de padres poco favorecidos con bienes de fortuna, sus estudios no pasaron más allá de las primeras letras, y á la edad de quince ó dieciséis años vino á Madrid y se dedicó al comercio de la ferretería.

Su privilegiado talento, guiado y estimulado por las candorosas y nobles pasiones del alma,